

La neurona perdida

Hará ya un tiempo en los que vivía una abuela llamada Andrea y su querida nieta llamada Lidia que se querían con locura. Pasaban mucho tiempo juntas en el que la abuela le contaba cuentos, le cantaba, le enseñaba cosas...Y en el que la nieta se limitaba a hacerla reír y a contarle lo que había hecho en el colegio entre otras muchas cosas. Pasaban largas horas caminando por el campo de un lado a otro sin cansarse, como si el tiempo no les afectase ya que todo era diversión, amor y cariño.

Un día en la cabeza de la anciana abuela, una neurona se fue de su mente a explorar el reto de su organismo y se divirtió tanto que no quiso volver a su lugar, la cabeza.

Desde ese momento la mente de Andrea no fue tan bien. No cantaba toda la letra de las canciones, no sabía seguir sus cuentos, no se acordaba del camino de vuelta a casa cuando salían a dar su paseo y hasta algunas veces a Lidia le cambiaba su nombre por otro que no tenía nada que ver. La niña no sabía lo que le pasaba a su abuela pero se sentía muy triste al verla así. Una tarde después de comer Andrea empezó a mirar con cara rara a Lidia y a sus padres. Empezó a decir que se fueran de su casa o que sino llamaría a la policía. La pequeña al ver así a su querida abuela se acercó y le explicó que ellos eran su familia, pero no sirvió de nada. Al final el hijo de esta llamó a una ambulancia y cuando los médicos llegaron la vieron tan alterada que le inyectaron una dosis de sedante para que se tranquilizara, y así lo hizo. Al llegar la familia de Andrea al hospital se sentaron en la sala de espera para informarse de su estado. En la espera,

Lidia empezó a dibujar en un folio a su abuela y a ella dando su pase por donde pasaban prácticamente todos los días para dárselo más tarde. Por fin llegaron los médicos a informarles, pero solo a los mayores, Lidia siguió pintando tranquilamente en la sala. Los médicos le informaron que Andrea padecía Alzheimer. Se quedaron helados. No tenían ni idea ni sabían cómo se lo podían decir a sus familiares, y menos su Lidia. Cuando llegaron a la sala, esta le preguntó a su mamá que qué tal esta la abuela y que si ya le podía dar su dibujo que acababa de hacer. Sus padres le dijeron que la abuela saldría de la habitación dentro de nada, que se esperase un poquito más. En cuanto a su estado de salud, sus padres se lo intentaron explicar sin que la niña no se impactase. Le dijeron que su abuelita ya no era lo que era antes, ahora era más mayor y su mente no estaba tan bien como hace unos años y que por eso ya no se acordaba muy bien de algunas cosas.

La neurona perdida ya estaba cansada de estar por ahí, quería volver a la cabeza de una vez. Cuando estaba en la puerta de entrada pasó algo muy raro, no le dejaban pasar. Se dio cuenta de que algo no iba bien, ya que una neurona siempre le dejaban pasar a la cabeza. Dio la voz de alarma y en ese mismo momento le dijeron lo que estaba pasando. En la cabeza de Andrea se estaban autodestruyendo todas y cada una de las neuronas. La pequeña viajera se sorprendió al oír eso e intentó convencer a sus compañeras que parasen, pero no le hacían caso alguno, su decisión era firme. Estaban cansadas ya de trabajar tanto, así que decidieron destruir información y así ir haciendo menos cosas hasta que se muriesen todas.

Al llegar a casa el padre preparó la cena mientras la madre ponía el pijama a Lidia y también a Andrea, eso era nuevo y muy

sorprendente para la niña ya que su abuelita era muy coqueta y no le gustaba nada que le eligieran su ropa por ella. A la hora de acostarse, Lidia se fue a la cama de su abuela que ya estaba medio adormilada. La niña aprovechó ese momento para darle el dibujo que había estado haciendo. Cuando esta lo vio, se le escapó una lágrima que acababa en su mejilla donde le esperaba los besos de su nietecita querida. Unos días más tarde estaban las dos sentadas tranquilamente en el arque dando de comer a los pájaros con los gusanitos que le había comprado la abuela a Lidia. La niña estaba tan agusto en ese momento que hubiese querido que todos sus días fueran así. Los años pasaron y Lidia se convirtió en adolescente. Se había acostumbrado a que algunas veces su abuela no la reconociese pero ella aún así la seguía hablando, estando con ella y cuando podía la sacaba de paseo con su silla de ruedas y tan felices las dos se daban grandes paseos por su maravilloso lugar. Pero un día cuando Lidia le fue a dar un beso, Andrea se volvió y le dijo que se apartase, que era un monstruo y que no la tocara. La chica, rota de dolor, fue llorando al campo. Cuando volvió después de unas cuantas horas, vio que todos en su casa estaban llorando. Fue al salón para ver a su abuela, pero vio su silla vacía. Fue a su cuarto y la vio tumbada en su cama, inmóvil. Su madre le dijo que había muerto. Lidia seguía de pie, en la puerta mirando a su abuelita, que ya no le podría decir nada nunca más. Sus familiares la llevaron a la calle para que le diera un poco el aire y allí echó a llorar como nunca lo había hecho. Fue una noche horrible para todos, pero aún más para la pobre Lidia ya que estuvo con su abuela en el velatorio desde que la llevaron a ese lúgubre sitio hasta que amaneció, y por supuesto se fue obligada porque por ella se hubiese quedado hasta que se la llevasen. Llegó a su casa y se le cayó el Mundo encima, ya que sin su abuela el ambiente

era muy distinto y triste. Cuando entró en la habitación de Andrea, todos los recuerdos se le vinieron a la cabeza: sus canciones, sus cuentos, sus valiosos consejos, su risa... Para su sorpresa, en la cómoda se encontró el dibujo que le había hecho de pequeña. Pero vio algo distinto, en la parte de atrás su abuela había escrito algo que decía así:

“Mi pequeña Lidia, no sé muy bien lo que me está pasando pero algunas veces se me va la cabeza y hago bobadas. Lo único que pido es que con mis tonterías no haga daño a nadie, y mucho menos a ti prendita mía. Te queru muto peuqena, no cambies nunca, que aunque mi cabeza no esté ya muy bien me doy cuenta de todo lo que haces por mí y por eso te doy las gracias de todo corazón. De tua Guela,

Andrea D.”

La chica se puso a llorar de tal manera que no podía casi ni respirar. La fueron tranquilizando sus primos hasta que después de mucho tiempo le venció el sueño. Ya al mediodía se preparó para el funeral, fue con su primo ya que ella y él eran los nietos más unidos a Andrea. A ninguno de los dos casi no le quedaban lágrimas de las que ya habían derramado ya. Llegó la parte más dura, el entierro.

La neurona se dio cuenta de que Andrea ya no vivía e intentó salir de ella como pudo. Al final vio la salida y saltó a alguien muy especial...Lidia.

Todos estaban alrededor del nicho, Lidia abrazada a su primo aguantándose el llanto. De repente le vino a su cabeza recuerdos de su abuela desde que era pequeña hasta el día de su muerte. No tenía ni idea de cómo podía tener ella esos recuerdos, pero de lo que sí se dio cuenta era que su abuela había tenido una

vida llena de buenos momentos y muy pocos malos. Una buenísima persona como Andrea no se merecía que cuando alguien la recordase se pusiera triste, al contrario, al pensar en ella le gente tendría que esbozar una gran sonrisa. Y eso mismo hizo, y así lo haría todas las veces que pensara en ella.

FIN





